

56
55a
D

currencia de señoras y señores, que ponían miedo en el corazón, «risa» en los ojos...

Como yo enseñaba Retórica, no extrañé que el Director me encargase, la víspera del gran día, el discurso de tabla. Y lo hice, naturalmente, con tema pedagógico y apariencias de originalidad, mirando más a lo hermoso que a lo grave del auditorio.

Dije que la «instrucción», propiamente, contiene en sí misma «enseñanza y educación». Y con petulancia estudiantil, más que profesional pedantería, saqué a colación lo de *instruere navem* de los romanos, que es «aparejar el buque» o *in struere*, construir «en»; pues efectivamente, construido el casco de la nave, se bota al agua y a bordo se apareja, construyendo algo «en ella».

Por supuesto que, ante todo, hay que meter lastre y fondear en seguro, hasta que envergado todo trapo y todo listo, se zafan las amarras y navega la embarcación, bien tripulada y provista de su completo equipo...

Como presidía el acto un poeta, y a la sazón Ministro de Marina—el marqués de Molins—, movió las cejas—no cerúleas como las de Júpiter, sino negras y también célebres ya en letras castellanas—en señal de aprobación y aplauso.

Lo cual hubo de caldearme bastante la «máquina oratoria» y, leyendo más de lo que había escrito yo, dije lo que debía entenderse por